

Pues que creyeron fábula ó patraña
Lo que acertaron á decir mis labios :
Nada llevo de tí, no me acompaña
Ni el recuerdo cruel de tus agravios :
Nunca mi pecho de rencores supo :
¡ En él no más la desventura cupo !

“ Tal vez otro monarca en otra tierra
Pueda abarcar mi extraño pensamiento,
Que la fe que el Señor en mi alma encierra
No se apaga en mi alma ni un momento ;
Ni el porvenir mi corazón aterra,
Ni mi espíritu apoca el sufrimiento ;
Que en la tierra ó el mar, tras mi destino,
No han de faltarme aliento ni camino. ”

XXIII.

Esto dijo Colón frente al soberbio
Alcázar de Granada,
Donde estaban los reyes de Castilla,
Donde la corte estaba.

Y lanzando un suspiro que en el pecho
Su corazón desgarras,
Salió de la ciudad, enderezando
A Córdoba su marcha.

Iba á contar al huérfano inocente,
Su múltiple desgracia,
Que el niño con Fray Pérez hace tiempo
Que lo espera en la Rábida.

Iba triste, muy triste; le dolía
Perder sus esperanzas,
Abandonar sus ilusiones todas,
Abandonar á España.

De repente paróse y oyó el eco
De un corcel que volaba.
Y sospechó, riendo de alborozo,
Que él era á quien buscaban.

XXIV.

¿ Seguíisme ?

— Sí.

— ¡ Voto á tal !

— Os esperan.

— Podrá ser :

¿ Quién me espera ?

— Una mujer

En el Palacio Real.

— No es á mí, por vida mía.

— ¿ Sois Colón ?

— El mismo soy ;

Y, ya lo estais viendo, voy

Camino de Andalucía.

Y ni me quiero volver,

Ni sobra para eso espacio,

Ni con damas de palacio

Tengo yo nada que ver.

— ¿ Irme sin vos ? No, en mal hora,

Ni sé que os podais negar ;

Que quien os manda llamar

Es la Reina mi señora.

— ¿ La Reina ?

— En su nombre vengo.

— ¿ Que yo retorne á Granada ?

Si os burlais, con esta espada

De haceros pedazos tengo.

— Os juro que hablo formal.

— En ese caso ya os sigo.

— Bien, señor, ireis conmigo

Hasta el Palacio Real.

XXV.

Sobre un cojín de púrpura y de oro
Sentada está Isabel, gloria de España :
La que al Rey de Aragón trajo á Castilla,
La que arrojó á los moros de Granada.
Entre sus manos de marfil y rosa
Le está dando de vueltas á una carta,
Firmada por Fray Pérez de Marchena
Y escrita en el convento de la Rábida.
Delante de Isabel, alta la frente,
Á raudales vertiendo la palabra,
Y con segura mano y firme pulso,
Trazando extrañas líneas en un mapa,
Se ve á Colón radiante de alegría,
Escondiendo en su pecho la desgracia,
Y en un trono más alto que los tronos
Sentando altiva la soberbia planta.
Así le vió Isabel, la reina hermosa
Que en las alas del jenio arrebatada,
Las ondas cruza de revueltos mares,
La arena pisa de remota playa ;
El madero del Gólgota contempla,
De extraño clima en la región lejana,
En las torres erguidas de los templos
Y en la cumbre glacial de las montañas.
Y tornando á Colón el rostro augusto
Con poderoso acento exclamó : “ Basta :
Pues que España te niega sus tesoros,
Yo quiero darle mi tesoro á España.
He de fundir mi cetro y mi corona,
He de vender mis joyas y mis galas ;
Y en el nombre de Dios y de Fernando
Extiende el cerco de mi noble patria. ”
Dijo, y dejando por su labio rojo
Vagar una sonrisa de esperanza,

Dióle á besar al jenovés la mano,
Y se alejó lijera de la estancia...
Quedó Colón confuso unos instantes,
Dudando si vivía ó si soñaba,
Si era aquella mujer del otro mundo
Portentosa visión, ángel-fantasma.
Y al fin entre la turba palaciega
Salió, sacando de la rejia cámara,
Envueltas en la carta de Fray Pérez,
Las joyas de la augusta soberana.

XXVI.

Del riguroso invierno al frío hálito,
Las flores en el polvo morirán :
No importa, que del polvo
Mañana nacerán.

El sol, tras de las horas del crepúsculo,
Su luz en la tiniebla ocultará :
No importa, en la tiniebla
Mañana brillará.

XXVII.

Perdido navegante,
Suspira sin ventura,
Y ve la luz del día
Lucir de nuevo tras la noche oscura.

Se sacan del sepulcro
Los restos del finado ;
Pero otra vez se llena
Con otros restos el sepulcro helado.

Su mustia gala, el monte
En verde manto trueca :

Y el agua de las lluvias
Torna á correr en la barranca seca.

XXVIII.

Después dei mediodía,
Bajaba del zenit el sol ardiente,
Y en el muelle de Palos se veía
Muchedumbre de jente.

Sollozos al quebranto
En su vuelo arrancaban los instantes,
Y el ánjel del dolor bañaba en llanto
Los pálidos semblantes.

Todo era allí cariños,
Y ternísimas frases, y consejos;
Y estaban mudos de pesar los niños,
Y de terror los viejos.

Se van unos valientes,
Se van á conquistar tierras extrañas.
¡Quién sabe lo que guarde á aquellas jentes
El mar en sus entrañas!

— “ Se van con un marino,
Que á conducirlos por la mar se atreve;
Y dicen que él no más sabe el camino.
¡Que Dios con bien lo lleve!

“ Su vida estima en poco.
Á otros con él á perecer no obligue.
Que el cielo le perdone, si está loco;
Si nó, que le castigue.

“ En frájiles maderos
Al furor de los mares los expone.

¡ Ay! si ellos en morir son los primeros,
¡ Que Dios se lo perdone!

“ En su anhelar profundo
Es navegar su pensamiento fijo :
Dicen que á nadie tiene en este mundo,
Que sólo tiene un hijo.

“ Que en la Rábida un día
El pobre niño se quedó llorando :
Y le dijo el cruel que volvería.
Eso... ¡ quién sabe cuándo ! ” —

Los padres, los hermanos
Así murmuran, y su seno hieren ;
Y enclavijan los dedos de sus manos
Las madres que se mueren.

Tristísimas y graves
Recuerdan sus pasados regocijos,
Con los ojos clavados en las naves
Donde se van sus hijos.

Todo en el muelle es pena,
Tristeza, confusión, duelo y espanto :
Ninguno al ruego el corazón serena,
No hay tregua para el llanto.

Ninguno tiene el alma
Exenta de amargura y desconsuelo :
Sólo el cielo y Colón están en calma ;
Colón no más y el cielo.

XXIX.

¿ Dónde van las carabelas?
¿ Dónde van?

Del puerto salieron,
Gaviotas del mar;
Del puerto han salido; si el jenio las guía,
Al puerto algún día tal vez volverán.

XXX.

Dios es el jenio... Dios en los espacios
Sentado está sobre su excelso trono :
Duerme el rayo á sus piés, y encadenada
Ruje la tempestad con eco ronco.

En tanto el sol, con ardorosa lumbre,
Dora las cimas del salobre ponto,
Y tres naves en él van empujadas
Del manso viento al abrasado soplo.

Tres naves silenciosas... Iba en una
El mendigo infeliz, el necio, el loco.
Él en Dios tiene puesto el pensamiento,
Dios no aparta los ojos del piloto.

XXXI.

¡Qué triste es quedarse triste!
¡Qué triste es quedarse solo!
La soledad en el alma,
Las lágrimas en los ojos,
Los recuerdos del pasado
Para levantarse prontos,
Como muertos que se alzan
De su sarcófago lóbrego.

XXXII.

Del piélago cruzando la llanura,
Viento en popa hácia Oeste, á todo andar,

Al encuentro incesante de las ondas
Las carabelas van.

Por delante la mar, y por los lados
La mar; y por detrás :
Arriba el cielo azul y majestoso :
Por doquiera la doble inmensidad.

La duda en el abismo de los pechos,
La muerte en el abismo de la mar :
Sólo Colón sabía en dónde estaban
La vida y la verdad.

XXXIII.

Rujió la tempestad, un pardo velo
Tendió sobre las aguas turbulentas;
Ni una ráfaga azul quedó en el cielo,
Y retronó la voz de las tormentas.

Las naves se retiran
Las unas de las otras de repente,
Y los marinos cual fantasmas jiran
Sobre las tablas débiles del puente.

De pánico beodos,
Ninguno el ansia del valor sentía,
Y acobardados se ajitaban todos
Bajo el fuego celeste que caía.

La eléctrica descarga, los latidos
Del corazón ahoga dentro el pecho,
Y dominan las ondas, impelidos
Por el furor del temporal deshecho.

Al rayo esperan en mortal desmayo ;
Aún Franklin no nacía :

Andaba suelto el rayo ;
No estaba encadenado todavía.

XXXIV.

La tormenta pasó, y en breves horas
La mar tornóse azul, y azul el cielo ;
Empero allí en el fondo de las naves,
Que cruzaban el piélago sereno,
Bajo la roja blusa del marino,
En el abismo del cobarde pecho,
Sin una sola nube en el espacio,
Sin que se oyera rebramar el trueno,
Más fiera, más adusta, más terrible,
Sorda la tempestad siguió rujiendo.

XXXV.

“ No es cierto : era quimera :
Ese hombre nos engaña
Muera Colón ; que á nuestras manos muera ;
Y viremos de rumbo para España....

“ Mas si le damos muerte ;
Si el mar en tumba fría
Para el audaz piloto se convierte,
¿ Quién á la patria nuestras naves guía ? ”

Inmóvil y sombrío,
Colón junto á la prora
Ve que corta las olas el navío,
Esperando la luz de cada aurora.

Hasta él trae la brisa
Las iras de su jente,
Y dilata su labio una sonrisa,
Y se tiñe de púrpura su frente.

XXXVI.

Crece el motín ; el descontento crece :
Relucen en las manos los aceros,
Y á Colón, que de angustia se estremece,
Torvos se acercan y amenazan fieros.

Sienten después el ánimo cobarde,
Y tiemblan un instante á su presencia ;
Que en sus miradas poderosas arde
El último fulgor de la demencia.

Aún murmuran sus quejas, sus agravios ;
Todo es allí para calmarlos poco :
De súbito el terror sella los labios....
¡ Por la postrera vez va á hablar el loco !

XXXVII.

“ Dentro del tercero día,
Si no aparece la tierra,
La prora rumbo hacia España
Volverán mis carabelas. ”
Dijo Colón á su jente
Con voz tranquila y resuelta ;
Y en el lejano horizonte
Clavó la vista serena,
Como si allí contemplara,
Entre el vapor de la niebla,
De un mundo desconocido
La fantástica ribera.

XXXVIII.

Cesaron los clamores, los denuestos,
La torpe algarabía ;

Y ansiosos en sus puestos
Esperan todos el tercero día.

XXXIX.

¿Colón sujeta el ala de los vientos
Sobre la mar bravía?
¿Él traza el curso á la corriente rauda
Bajo la dura quilla?

¿Él, al tiempo fugaz que en el pasado
Las horas precipita,
En el vértigo loco de su orgullo
Señala la medida?

¿Descorre acaso el tenebroso manto
De la tiniebla fría,
Y en luz baña, á su antojo, de los orbes
Las bóvedas sombrías?

XL.

Temblando sobre la prora
Colón absorto se pára,
Y de rodillas cae, y se extasía,
Lo mismo que en el templo de la Rábida.

Acaso en hondo misterio
Siente cautiva su alma;
Y mide con la vista los espacios,
Y agoniza en su pecho la esperanza.

De pronto, cree que mira
Claridad de luz lejana,
Y vagos y dudosos resplandores,
Y en la tiniebla negra, nubes blancas.

Tal se le figura un trono
Que en los aires se levanta,
Y en el trono la imagen de María,
De estrellas y luceros circundada.

Es su Reina, su Señora;
Es la Virjen soberana,
La Emperatriz del orbe, que aparece
Bajo el dosel de su soberbio alcázar.

Colón se descubre, y dobla
Al suelo la frente pálida;
Y un cántico se escapa de su labio,
Y de sus tristes ojos una lágrima.

XLI.

“Virjen, Madre de Dios, ahora alcanzo
Lo mucho que te adoro.
Yo sé que no es verdad lo que estoy viendo,
Y sin ser la verdad te ven mis ojos.

“Desde niño, Señora, me enseñaron
Á amarte sobre todo:
Y por eso el horror de la congoja
Vienes á mitigar en tu devoto.

“Muchas veces te he visto de mi pecho
Alzarte en lo más hondo;
Y agora mismo dudo si estás fuera,
Ó aquí en mi corazón se alza tu trono.

“; Oh! Tú creiste, Madre, que perdía
El rumbo tu piloto;
Y á señalarle el rumbo te apareces
En la desierta soledad del ponto. ;

“Por eso adonde estás, mi débil leño
Camina en viento próspero.
¡ Ya sé que me acompañas ; y esas jentes,
Que se olvidan de tí, me juzgan solo !”

XLII.

La visión desaparece ;
Rueda la noche en lobreguez hundida,
Y ve Colón cruzar en el espacio,
Por la mano de un hombre conducida,
Una pálida luz.

¡ Una luz ! ¿ Deliraba ?
¿ Misteriosa ilusión se la finja ;
Ó de la noche en las espaldas negras,
Era el joyel brillante que prendía
El lóbrego capuz ?

XLIII.

Gritaron : ¡ tierra !... ¡ Tierra !
Repite el onda de la mar salada,
Y lo repite el viento
Que azota el trapo y en las vergas canta.
El tosco maderamen
“Tierra” dice también cuando restalla
Bajo el convulso paso
Del noble jenovés, que nunca pára ;
Que piensa que delira ;
Que enjuga en sus mejillas una lágrima ;
Que el párpado restrega :
Y mira y le parece que le engañan
Sus ojos, y le burlan ;
Y los eleva al cielo, al mar los baja,
En torno los revuelve,
Y con la frente sudorosa y pálida,

Los fija en la ribera
Que ve á lo lejos como nube blanca.
Y permanece inmoble ;
En la blanca ribera la mirada ;
El pasado infortunio
En el olvido ; en su Creador el alma ;
En el futuro envuelta
Con la luz de la gloria su esperanza ;
Y el pensamiento todo,
Todo su pensamiento, allá en España.

XLIV.

Y Colón hasta entonces no existía :
Colón era un fantasma, era el hermoso
Sueño de delirante fantasía.
Era la mar la cuna del coloso ;
Y en el momento aquél, Colón nacía.

XLV.

De un lado al otro lado,
De una blanca ribera á otra ribera,
De un mundo al otro mundo,
¿ Quién la noticia portentosa lleva ?

¡ Ay, si al volver á España
Tiende la tempestad sus alas negras !
¡ Si se abre el hondo abismo,
Y si sepulta el mar las carabelas !

XLVI.

Abierto está el teatro
Para la edad futura.
Nadie lo sabe aún.... ¡ Duermen los mártires,
Duermen también los héroes en la cuna !

XLVII.

Tú solo, ¡ oh sol de gloria !
El testigo inmortal de la alta empresa,
Iluminaste á un tiempo en aquel día
De entrambos mundos la llanura inmensa.

Tal vez á un tiempo mismo
Proyectabas dos sombras en la arena :
¡ La sombra de Fray Juan sobre una orilla,
La de Colón sobre la orilla opuesta !

XLVIII.

Lo mismo que el dolor es la alegría
Que al ánimo da enojos,
La paz al pecho roba y roba el sueño
Á los cansados ojos.

Es de Colón inmensa la ventura,
Y su poder es tanto,
Que á un tiempo ríe y por su rostro corre
Á raudales el llanto.

Tiende la noche sobre el mar dormido
Su parda niebla fría,
Y Colón se retira hacia su cámara
De la "Santa María."

Se revuelve en el lecho sin descanso,
Sin encontrar reposo,
Y las horas avanzan sobre el tiempo
Serenos y majestosos.

Cierra el nauta los ojos ; se figura
Que ya regresa á España,

Y que innúmero séquito, á la corte
Le sigue y le acompaña.

Que está delante del augusto trono
De los augustos reyes,
Y les enseña el ejemplar primero
De las indianas greyes.

Que los monarcas de la tierra goda
Se sientan á su lado,
Y él, igual á los reyes, bajo el solio,
Se encuentra levantado.

Que por doquier en villas y ciudades
Se oye su nombre sólo,
Y la sonora trompa sus proezas
Cuenta de polo á polo.

Que en áureos caracteres, en los libros
Su triunfo se pregona,
Y más que la de césares augustos
Es grande su corona.

—
Luego cree Colón que ante sus ojos
Se extiende negro velo ;
Que se nubla su frente y que se nubla
El limpio azul del cielo.

Que más que la del mar fiera y terrible,
Ruda tormenta crece ;
Y que su nave azota y cabe el trono
Naufraga, y que perece.

Que mira airado el rostro de los reyes,
Y que sañudos mira

Los rostros cortesanos, y la corte
Contra su honor conspira.

Que siente ya que su valor decae,
Y jime, y se atribula,
Y el frío soplo de la huesa helada
Por sus venas circula.

Y la envidia le ahoga entre sus brazos,
Y la calumnia horrenda
Abre sus ojos y en los otros ojos
Anuda infame venda.

Y se siente morir, siente las ansias
Horribles de la muerte.
Ante él, soñando, ¿el velo se corría
De su futura suerte?

Llegaba acaso hasta el confin lejano
Del árido camino,
Y en su espantosa desnudez miraba,
En sueños, al destino?

¡Ojalá que muriera en aquel lecho
De la "Santa María!"
Colón no más soñaba con la muerte.
¡No más! Colón dormía.

ROMANCES DRAMÁTICOS